

PROYECTO DE DECLARACION

La Honorable Cámara de Diputados de la Nación

DECLARA

Su más enérgico repudio y profunda consternación ante los crímenes de guerra, atrocidades y violaciones sistemáticas a los derechos humanos cometidas por las denominadas Fuerzas de Apoyo Rápido (FAR) en la ciudad de El Fasher, Sudán, en el marco de un conflicto interno que ha devenido en una verdadera tragedia humanitaria.

Asimismo, manifiesta su solidaridad con el pueblo sudanés, en particular con las víctimas civiles de los ataques indiscriminados, las mujeres sometidas a violencia sexual y los niños asesinados o desplazados, reafirmando su compromiso indeclinable con la defensa de la vida, la libertad y la dignidad humana en todo lugar del mundo donde éstas sean amenazadas.

Finalmente, exhorta a los organismos internacionales competentes —en especial las Naciones Unidas y la Corte Penal Internacional— a redoblar sus esfuerzos para investigar los crímenes perpetrados, garantizar la asistencia humanitaria y promover una salida política que asegure la paz, la justicia y la reconstrucción institucional en Sudán.

Firmante: Gerardo Milman.

FUNDAMENTOS

Señor presidente:

Las imágenes que llegan desde Darfur, y en particular desde la ciudad de El Fasher, en el norte de Sudán, no son un episodio más en la larga lista de tragedias africanas que el mundo mira de reojo. Son, una vez más, el espejo brutal de lo que ocurre cuando la barbarie sustituye al orden, cuando el poder se emancipa de toda moral y el Estado se disuelve en la violencia. Son, sobre todo, el testimonio vivo de lo que sucede cuando el hombre pierde su condición de fin y se convierte en medio.

Zainab —una madre de 44 años, testigo y víctima— lo dijo con una sencillez que desarma toda retórica: "Les dispararon a mis hijos delante de mis ojos". Ninguna consigna, ninguna causa, ninguna justificación política o étnica puede atenuar la monstruosidad de esas palabras. Representan el punto de quiebre en el que la política deja de ser el arte de convivir para transformarse en el infierno de sobrevivir.

Sudán atraviesa una guerra civil que ya ha desplazado a más de diez millones de personas, y cuya raíz no es sólo militar o territorial, sino institucional y moral. Las llamadas Fuerzas de Apoyo Rápido (FAR), surgidas como milicia estatal durante la dictadura de Omar al-Bashir, hoy operan como un ejército paralelo, una estructura armada sin ley ni límites, alimentada por el lucro, el sectarismo y el resentimiento étnico. Su avance sobre El Fasher marca un punto de no retorno: ejecuciones masivas, violaciones, incendios intencionales, pillajes y desplazamientos forzados componen un patrón de conducta que la comunidad internacional no puede calificar sino como genocida.

Pero más allá del diagnóstico humanitario, este hecho interpela nuestra concepción de la libertad y de la política. No se trata sólo de condenar la violencia, sino de entender sus causas más profundas: el vaciamiento del Estado, la destrucción del principio de legalidad y la perversión del poder en su forma más primitiva. En toda sociedad donde el monopolio de la fuerza deja de responder a la ley, la vida humana pierde valor y la justicia se convierte en botín.

La politología enseña que toda forma de gobierno —sea democrática, autoritaria o híbrida— se sostiene en una estructura mínima de legitimidad. Cuando ésta desaparece, lo que emerge no es el caos natural, sino un orden de violencia funcional a intereses concretos. Las FAR son precisamente eso: una forma de poder descentralizado, una "soberanía de facto" fundada en la coerción. En ese sentido, lo que sucede en Sudán no es sólo una crisis africana, sino un laboratorio del colapso político del siglo XXI.

El siglo XX estuvo marcado por guerras entre Estados; el XXI lo está por guerras dentro de los Estados. En ambos casos, el denominador común es el mismo: la fragilidad del individuo frente al poder desbocado. Desde una perspectiva liberal, este fenómeno representa la antítesis de la civilización. Friedrich Hayek advertía que el totalitarismo no aparece de golpe, sino que se gesta cuando la autoridad reemplaza al derecho por la voluntad, y el individuo se disuelve en el colectivo. Sudán, en su tragedia, encarna esa advertencia.

Pero sería un error pensar que este tipo de colapsos son patrimonio exclusivo de naciones lejanas. Cada vez que un gobierno concentra poder, cada vez que una burocracia se erige en juez de la verdad, cada vez que se naturaliza la violencia en nombre de una causa, estamos a un paso del mismo abismo. La libertad, como el orden, no se improvisa: se construye sobre instituciones sólidas, responsabilidad individual y respeto irrestricto por la vida.

Por eso esta declaración no es sólo un gesto diplomático. Es un acto político en el sentido más profundo: afirmar que la humanidad no puede ser neutral ante el mal. Que no hay equidistancia posible entre víctimas y verdugos. Que toda sociedad libre tiene el deber de pronunciarse cuando la libertad de otros es destruida.

El caso de El Fasher pone de manifiesto además la impotencia de los organismos internacionales. Naciones Unidas, limitada por vetos cruzados y una estructura anacrónica, se ha mostrado incapaz de detener una matanza que se desarrolla a la vista del mundo. Las sanciones llegan tarde, los informes se acumulan y los convoyes humanitarios no alcanzan a los que huyen. La Corte Penal Internacional, por su parte, enfrenta el desafío de demostrar que la justicia internacional puede ser más que una abstracción. Si los responsables de estas

atrocidades no son juzgados, el mensaje será devastador: que el crimen paga y la ley es un lujo de los fuertes.

Desde la Argentina, país que supo sobrevivir a sus propias sombras y que hizo del "Nunca Más" un principio universal, tenemos la obligación moral de alzar la voz. Porque el silencio también mata. Porque los mismos valores que defendemos puertas adentro —la libertad, la dignidad humana, la limitación del poder— son los que hoy están siendo masacrados en El Fasher.

La politología contemporánea ha señalado que la erosión institucional y la cultura de la impunidad son los catalizadores de los conflictos civiles prolongados. Cuando no hay justicia, la violencia se vuelve rutina; cuando no hay Estado, el territorio se fragmenta en feudos; cuando no hay libertad, el miedo se convierte en ley. Y cuando eso ocurre, la política deja de ser un medio para resolver diferencias y se transforma en la continuación de la guerra por otros medios.

Frente a este panorama, reafirmamos una verdad elemental: la libertad sin orden es impotente, y el orden sin libertad es tiranía. La única paz duradera es aquella que surge del respeto mutuo, del imperio de la ley y de la vigencia de los derechos individuales. Lo que hoy sucede en Sudán no es una fatalidad geográfica, sino una advertencia global. Si el mundo libre se resigna a mirar hacia otro lado, estará renunciando a su propio fundamento moral.

La historia enseña que toda indiferencia ante la barbarie termina regresando, bajo otras formas, a quienes la toleraron. Por eso, la defensa de la libertad no puede tener fronteras. No se trata de intervenir militarmente ni de asumir protagonismos estériles, sino de sostener una posición ética coherente: condenar la violencia, apoyar la asistencia humanitaria y reclamar justicia para las víctimas.

Este Congreso, en tanto expresión soberana del pueblo argentino, tiene el deber de pronunciarse con claridad. Porque en cada madre sudanesa que huye con sus hijos se condensa la lucha universal por la supervivencia, la

dignidad y la libertad. Y porque callar ante el horror sería traicionar nuestra propia memoria.

Señor presidente, no hay neutralidad posible ante el crimen. Cuando la libertad es destruida, cada silencio es complicidad. Por eso esta declaración no es un trámite: es un testimonio. Un testimonio de humanidad, de coherencia y de responsabilidad histórica.

Que el nombre de El Fasher no se sume a la larga lista de tragedias olvidadas. Que esta Cámara, en nombre del pueblo argentino, reafirme que la libertad —aunque lejana en la geografía— es indivisible en su esencia. Y que allí donde un solo ser humano es perseguido, ultrajado o asesinado por el poder, la causa de la libertad está en peligro en todas partes.

Por las razones expuestas, solicito la aprobación del presente proyecto de declaración.

Firmante: Gerardo Milman.